

De habla y de fábula

Amor al saber

Pablo Iruzubieta Agudo

Un alegato en defensa de la filosofía. En defensa del saber el texto se enfrenta al pragmatismo de las ciencias y de la sociedad reclamando un mundo más humano.

Amor al saber. Eso significa, etimológicamente, la palabra filosofía. Quizá esta palabra esté ya obsoleta. A fin de cuentas, ¿quién ama hoy en día al saber? El amor ha de ser algo desinteresado, sin un objetivo ulterior, solo un pensamiento que nos regocije por sí mismo. Sin embargo, hoy el conocimiento solo se busca para algo: lo útil. Solo lo pragmático vale en esta sociedad desenfrenada que ni un momento se puede permitir para observar lo que le rodea de forma tranquila y meditar sin mayor ánimo de lucro que el de disfrutar de ser humano. ¿Pensar por pensar? Vicio de unos pocos sibaritas que nunca han dado palo al agua y nunca lo darán. Marquesitos aburridos por el tedio de las bandejas de plata y los pastelitos de crema que se entretienen reflexionando sobre la esencia, el hombre o el devenir. Un pasatiempo infructuoso, pues ¿quién ha visto jamás que la filosofía dé resultados imperecederos y no meros supuestos efímeros que pronto son debatidos y superados?

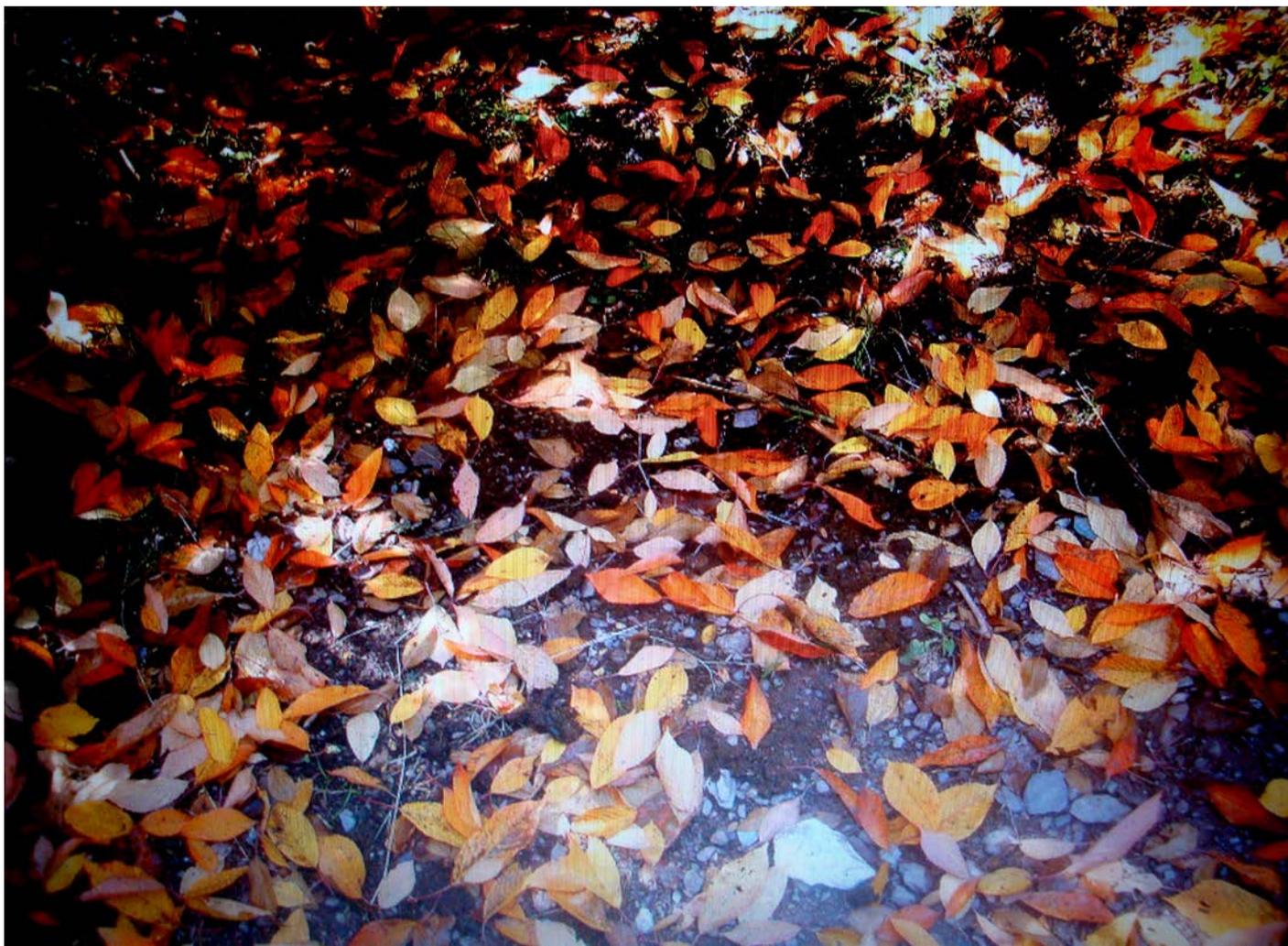
Eso mismo hace la ciencia, podréis decir, y le va mejor que nunca. Pero debemos tener en cuenta que, actualmente, la ciencia posee dos rasgos que la separan radicalmente de la filosofía (a pesar de haber sido la misma cosa mucho tiempo atrás). El primero

es el gran pragmatismo que la inspira y soporta. El poder de la ciencia radica en su utilidad, en la capacidad que tiene de servirnos para crear nuevas herramientas (no olvidemos que vivimos en la sociedad de la electrónica en la que la técnica ha evolucionado hasta el punto de controlarlo todo, hasta nuestras vidas). Así pues, si la ciencia es la diosa idolatrada que es hoy día se debe, principalmente, a su capacidad de servir a nuestros mundanos propósitos y hacernos más cómoda la existencia (lo cual no siempre es tan bueno como parece). Por otra parte, esta idolatría al becerro de oro hace que muchos, que apenas conocen de la ciencia sino lo que los medios les ofrecen de forma sesgada e incompleta, la vean como una sempiterna reina radiante de veracidad y exultante por su carácter imperecedero. Mas esta concepción de dicha diosa está de parte a parte equivocada. La ciencia no es la dueña eterna de la verdad indudable, sino la pordiosera que se viste con los mejores harapos que encuentra, es decir, con las hipótesis y teorías más correctas, mejor dicho, las más explicativas hasta el momento. Teorías que, no nos dejemos engañar, distan mucho de acercarse a la verdad de los griegos, a la mítica *alétheia*, al desvelo iluminador.

Por todo lo explicado, la ciencia atraviesa uno de sus mejores momentos mientras que su hermana inútil, la tullida filosofía, agoniza quedando solo en las conversaciones de los pedantes eruditos y, además, en su rama más práctica, la política.

“ No, es mucho mejor (...) eliminar todo sentido crítico de la enseñanza y seguir impartiendo asignaturas que no presenten el más mínimo peligro al sistema social, político y cultural establecido. ”

Pero, ¿seguro que de la filosofía solo queda un vestigio en los salones de expertos y sabios? ¿Acaso no filosofa el anciano que comprende lo cerca que está la muerte, la adolescente que sufre por el engaño de su príncipe azul o el crío que, conociendo por primera vez a la filosofía sin siquiera saberlo, comprende que su mascota, y por ende todos los que le rodean y él mismo, acabaran dejando este mundo? Filosofía es, al fin y al cabo, la conversación de bar sobre la catastrófica gestión de ese gobierno o la vergonzosa moral de aquel. No obstante, esto no lo quieren ver los mandatarios obtusos



Eugenio Mateo

o, quizá, demasiado agudos. Por ello pretenden eliminar la filosofía o, al menos, reducirla hasta el más oscuro ostracismo académico. ¿Quién necesita estudiar filosofía, si no es útil, si de ella ningún provecho tangible se obtiene ni ningún bien material? ¿Para qué enseñar filosofía a todos los estudiantes si la mayoría después lo olvida todo? Cobardes falacias que solo pretenden lograr un adoctrinamiento insulso y superficial. ¿Acaso viene bien a los gobiernos que se introduzca a los jóvenes en los pensamientos de hombres como Kant, Platón o Nietzsche? Eso sin contar con las utópicas ideas de Marx que tan mal comprendidas fueron. No, es mucho mejor, más práctico (si se me permite la palabra por antonomasia de esta sociedad que desecha lo inservible igual que se desechaban los niños con malformaciones en Esparta y se les arrojaba al Taigeto)

eliminar todo sentido crítico de la enseñanza y seguir impartiendo asignaturas que no presenten el más mínimo peligro al sistema social, político y cultural establecido. La filosofía es una de las armas más poderosas en manos de hombres libres pues es motora de la historia, la que marca épocas y procura el progreso. Sin la reflexión, sin el pensamiento crítico ni ese amor al saber que nos hace ir más allá de lo establecido, ¿cómo se explican la totalidad de las revoluciones y cambios que han marcado el devenir histórico? Pero parece que eso ha sido olvidado y que en estos tiempos de turbulenta crisis (muchos afirman que económica, pero subyace a esta una cultural y moral que bien puede observarse en la corrupción imperante en el panorama político) no interesa pensar en la filosofía. ¿A quién se le va a ocurrir filosofar con tantas

preocupaciones serias sobre trabajo? ¿Quién necesita pensar cuando no hay dinero?. ¿Acaso hace falta recordar al filósofo Diógenes para darnos cuenta de que la falta de bienes no es un obstáculo al pensamiento? De cualquier modo, ya es hora de que esa sociedad que con tanto pudor desprecia el perder el tiempo con la filosofía, se deje de tonterías y se ocupe menos de otros pasatiempos (no seré yo quien diga que son inútiles o perjudiciales) y también dedique algún momento a disfrutar de una hermosa conversación consigo misma sobre lo espectacular de la vida y el mundo, sobre la libertad y el ser humano. Al fin y al cabo, como dijo Antonio Machado, “quien habla solo espera hablar a Dios un día”.